

— No, no, — contestó Lorenzo, — debo entregársela en sus propias manos.

— No está en el convento, — replicó el portero.

— Déjeme usted entrar, — dijo Lorenzo, — que ahí le aguardaré.

— Podéis aguardarle en la iglesia, — contestó el fraile. — y no os vendrá mal el que entre tanto recéis un poco: por ahora no se permite entrar en el convento.

Diciendo esto cerró la rejilla.

Quedóse Lorenzo como un tonto con su carta en la mano: dió diez ó doce pasos hácia la iglesia para seguir el consejo del padre portero; pero quiso ántes ver otro poco la bulla. Atravesó con efecto la plazuela; se puso en la acera de la calle, y con los brazos cruzados se paró á mirar á la izquierda hácia lo interior de la ciudad, en donde era mayor el alboroto. El torbellino atrajo al curioso.

— Vamos á ver, — dijo, — un poquito más adelante.

Sacó de nuevo su medio pan, y comiéndole poco á poco se dirigió hácia aquel sitio. Miéntras llega, contaremos nosotros en resúmen las cosas y el principio de aquel tumulto.

CAPÍTULO XII

La cosecha infeliz de aquel año no era ya la primera. También la del precedente había sido escasisima, y sólo con el auxilio de los acopios que se conservaban de tiempos más abundantes pudo suplirse la falta á duras penas, y bien ó mal había ido tirando la población hasta el estío del año de 1628, á que pertenece nuestra historia. Pero al llegar la ansiada época de la recolección de las mieses, se vió que la cosecha era aún más miserable que la anterior, tanto por los malos temporales (y eso no sólo en el Milanesado, sino en gran parte del país circunvecino), cuanto por culpa de los hombres. Las talas y el destrozo causados por la guerra de que

hemos hecho mencion eran tan grandes, que en las comarcas contiguas al paso de las tropas, se quedaban las campiñas más incultas y abandonadas de lo que solian, desamparando sus haciendas los labradores, los cuales, en vez de proporcionar con su trabajo el sustento propio y ajeno, se veian obligados á pedirlo por amor de Dios de puerta en puerta.

He dicho *más de lo que solian*, porque las insoportables gabelas impuestas sin concierto y arrebatadas con no ménos ruidosa rapacidad; la conducta habitual, aún en tiempos pacíficos, de las tropas estacionarias, comparada en los tristes documentos de aquella edad con la de un ejército enemigo, y otras causas largas de referir, habian ido labrando lentamente de algunos años atras en todo el Milanesado la fatal penuria que le aquejaba: así las circunstancias particulares de que hablamos ahora pueden reputarse como una exacerbación repentina de un mal crónico y antiguo. Apénas se acabó de recoger aquella tan miserable cosecha, cuando las provisiones para el ejército y el desórden que siempre las acompaña la redujo á tal extremo, que empezó á experimentarse la escasez, y tras ella su tan doloroso como seguro y á veces tan saludable resultado, la carestía.

Pero cuando la carestía llega á cierto punto, se levanta siempre (ó al ménos así lo hemos visto hasta ahora; y si esto sucede en el dia despues de tantos y tan juiciosos escritos sobre esta materia, ¿qué sucederia entónces?); digo que se levanta y acredita el rumor en el público de que no es la escasez quien la motiva. Se olvidan las gentes de que la temieron y vaticinaron; y suponen desde luégo que hay todo el grano que se necesita, y que el mal dimana de que no se vende lo suficiente para el consumo; suposiciones todas infundadas, pero que lisonjean al mismo tiempo la cólera y la esperanza; se atribuye la carestía á los tratantes en granos, verdaderos ó imaginarios, á los propietarios de tierras que no lo vendian todo en un dia, á los panaderos que lo compraban; en una palabra, á cuantos por sus tráficos en estos artículos se supone que ocultan grandes acopios.

Estos eran el objeto de las quejas universales y de la ira de las personas bien ó mal vestidas. Se citaban los almaces, se decía dónde estaban los graneros llenos y apuntalados, se indicaban números excesivos de sacos, se hablaba como de cosa cierta de las inmensas cantidades de cereales que se enviaban furtivamente á otros países, en los cuales probablemente se clamaba con igual furor y certeza, suponiendo que sus granos venían á Milan. Se imploraban de los magistrados aquellas providencias que á la muchedumbre parecen siempre, ó á lo ménos han parecido, equitativas, sencillas y eficaces para hacer salir á la plaza el grano que suponían escondido, emparedado y sepultado en silos, y restablecer la abundancia. Los magistrados echaban mano de cuantos medios les dictaba aquel apuro, como el de fijar el precio máximo de algunos géneros, de imponer penas á los que se negaban á vender, y otros de la misma especie. Pero como la eficacia de las disposiciones humanas, por muy enérgicas que sean, no alcanza á disminuir la necesidad de comer, ni á producir cosechas fuera de tiempo; y las que se tomaban entónces no eran á la verdad las más oportunas para atraer los víveres de los puntos en que pudiese haber abundancia de ellos, el mal duraba y aumentaba de día en día. La muchedumbre lo atribuía á la falta ó á la flojedad de los remedios, y reclamaba á gritos otros más decisivos y eficaces. Por desgracia dió con un hombre á medida de su deseo.

En ausencia del gobernador ó capitán general D. Gonzalo Fernández de Córdoba, que se hallaba en el sitio del Casal de Monferrato, hacía sus veces en Milan el gran canciller D. Antonio Ferrer. Persuadido (¿y quién no lo estaría?) de que el precio moderado del pan sería una cosa excelente, se figuró (aquí está el error) que una orden suya bastaría para disminuirlo; y en este supuesto fijó la tasa del pan como si el trigo se vendiese al precio regular de treinta y tres liras la medida común del país, siendo así que llegaba hasta ochenta, haciendo con esto lo que haría una vieja que creyese rejuvenecer falsificando su fe de bautismo.

Órdenes ménos absurdas y ménos injustas habían quedado más de una vez sin efecto por la resistencia misma de las cosas; pero en la ejecucion de esta se interesaba la muchedumbre, que, viendo por fin convertido en ley su deseo, no sufriría.

En efecto, acudió en el momento á las panaderías á pedir pan al precio tasado, y acudió con aquella resolucion y aquel tono amenazador que inspiran las pasiones apoyadas en la ley y la fuerza. Los magistrados por una parte imponían penas, y por otra el pueblo estrechaba, y á la menor tardanza en ser complacido, murmuraba y amenazaba sordamente con una de sus sentencias, que son las peores de cuantas se ejecutan en el mundo; y así los pobres panaderos no tenían otro recurso sino el de amasar, cocer y vender sin descanso. Mas para seguir de aquella manera no bastaban ni las órdenes rigurosas ni el terrible miedo que los miserables tenían. Era necesario que la cosa fuese posible, y hubiera dejado de serlo á poco más que durase aquel estado. Reclamaban sin cesar haciendo presente la iniquidad de la carga que se les había impuesto y la imposibilidad de soportarla, y protestaban que echarían la pala al horno y se marcharían; però entre tanto iban siguiendo adelante del modo posible con la esperanza de que el gran Canciller llegaría á hacerse cargo de la justicia de sus reclamaciones. Mas D. Antonio Ferrer, que era, segun la expresion actual, hombre de carácter, contestaba que los panaderos habían ganado mucho anteriormente, y que también ganarían mucho en adelante, mejorando los tiempos; que ya se vería y arreglaría tal vez el modo de resarcirles; y así era menester que entre tanto siguiesen abasteciendo la ciudad.

Ya fuese porque él mismo estuviera convencido de las razones que alegaba, ó ya porque, conociendo por los efectos la imposibilidad de sostener aquella absurda providencia, quisiese dejar á otros la odiosidad de revocarla (pues no es fácil adivinar sus pensamientos), no varió en un átomo su resolucion. Finalmente, los decuriones (cuerpo municipal compuesto de nobles, que se extinguió en 1796) dieron cuenta

por escrito al Capitan general del estado de los cosas, pidién, dole que indicase algun temperamento para su remedio.

Engolfado D. Gonzalo en los negocios de la guerra, nombró una Junta, á la cual confirió la facultad de poner al pan un precio arreglado á justicia, para conveniencia de ambas partes. Juntáronse los comisionados, y despues de cumplimientos, preámbulos, suspiros, reticencias y proposiciones, la necesidad imperiosa los obligó á tomar una determinacion. Conocian que era paso aventurado, pero convencidos de que no habia otro arbitrio, acordaron aumentar el precio del pan, con lo cual respiraron los panaderos, y el pueblo se puso furioso.

La noche que precedió al dia en que Lorenzo llegó á Milan, las calles y las plazas estaban llenas de hombres que, arrebatados de indignacion, y animados de una misma idea, conocidos y no conocidos, se reunian en corrillos, sin acuerdo anterior y casi sin advertirlo, como se juntan en el punto á que las arrastra un mismo declive las canales de los tejados.

Cada discurso aumentaba la persuasion y la furia, no sólo de los oyentes, sino tambien del que los pronunciaba. Entre tantas personas habia algunas de sangre más fria, que se complacian en estar observando cómo se enturbiaba el agua; contribuian á revolverla cada vez más con los argumentos y cuentos que saben fraguar los bribones, y á los cuales ceden con facilidad los ánimos alterados; y teniendo presente el refran, *á rio revuelto ganancia de pescadores*, se proponian no dejar que se aclarase sin haber pescado ántes alguna cosa. En fin, miles de hombres se fueron á acostar con el pensamiento indet erminado de que era necesario hacer alguna cosa y la conviccion de que algo se haria.

Ántes de amanecer ya estaban las gentes en movimiento, y por todas partes se encontraban numerosas reuniones. Agolpábanse á la ventura muchachos, mujeres, jóvenes, viejos, trabajadores y mendigos. Aquí sonaban gritos diferentes y confusos, allí uno predicaba y otros aplaudian: más allá hacia uno á su vecino la misma pregunta que ántes le habian

hécho á él; aquel repetia la exclamacion que acababa de oir; por último, todo era admiracion, quejas y amenazas, y la materia de tantos discursos se reducía á un corto número de vocablos.

Faltaba sólo un asidero, un impulso cualquiera para pasar de las palabras á los hechos y no tardó en verificarse. Salian de las panaderías poco despues de amanecer los mozos que llevaban el pan á las casas; presentarse uno de aquellos malhadados muchachos con su cuévano lleno de pan fué lo mismo que caer una chispa en un almacen de pólvora. « ¡Qué



¡Abajo ese cuévano!

tal! ¿Hay pan ó no? » gritan cien voces á un tiempo. « ¡Sí, para los bribones! » exclama uno; « sí, para los picaros que, nadando en la abundancia, quieren que nosotros muramos de hambre. » Al decir esto se acerca al muchacho, echa mano al asa del cuévano, y añade: « Ahora lo veremos. » Se pone descolorido el muchacho; tiembla, quisiera decir, déjenme ustedes; pero se le añuda la lengua. Afloja los brazos para soltar aprisa el peso, y entre tanto gritan por todas partes: « ¡Abajo ese cuévano! » Se arrojan á él muchas manos, vuela el paño que lo cubría y se difunde en derredor una tibía y lisonjera fragancia. « Nosotros tambien somos cristianos y hemos de comer pan, » dice el primero; y coge uno de ellos: lo

levanta, lo enseña á los demas y le hinca el diente. Entónces se echan todos encima como furias, y en un abrir y cerrar de ojos queda el cuévano limpio como una patena. Aquellos á quienes nada pudo tocar, irritados al ver que otros habian disfrutado semejante hallazgo, y animados por la facilidad de la empresa, corren á bandadas en busca de otros cuévanos, y cuantos encuentran tantos quedan despachados. Tampoco fué necesario dar el asalto; porque los que los llevaban, lo mismo era ver la turba que soltarlos en el suelo y poner piés en polvorosa. Sin embargo, los que quedaban en blanco eran los más; los mismos gananciosos no estaban satisfechos, y como confundidos unos y otros se hallaban allí los que habian contado con un desórden de mayor lucro, se empezaron á oír las voces, « ¡Á los hornos! ¡Á las panaderías! »

En la calle que se llama el Coso de los Servítas habia un horno y lo hay todavía con el mismo nombre, nombre que en toscano significa el horno de la provision, y en milanés se compone de palabras tan extrañas, que no hay letras en el alfabeto para expresar su sonido (1). Á aquel punto se dirigió la turba. Estaban los amos informándose del mozo que volvia saqueado, y que, todavía trémulo, contaba tartamudeando su triste aventura, cuando oyeron á lo léjos los rumores del tropel que se acercaba, y á poco se dejaron ver sus precursores.

— Cerrad, cerrad pronto, — gritan unos: corren otros á pedir auxilio á la justicia; otros atrancan aprisa las puertas y ventanas, y entre tanto crece la turba delante de la casa gritando: ¡Pan! ¡Pan! ¡abrid esas puertas!

Llega en este intermedio el Capitan de justicia, acompañado de sus alabarderos, diciendo: « ¡Señores! ¡señores! ¿Qué es esto? Alabarderos, ábrid paso al Capitan de justicia. » Como no habia aún mucha gente reunida, pudieron los alabarderos con su jefe llegar, aunque desordenados, hasta la puerta del horno, y desde ella peroraba el Capitan en estos términos: « Señores, ¿qué hacen ustedes aquí? cada uno á su

1. Toda la novela está escrita en dialecto milanés.

casa; ¿dónde esta el temor de Dios? ¿Qué dirá el Rey nuestro señor? A nadie se trata de hacer daño; pero cada uno á su casa. ¿Qué diablos querrán ustedes hacer aquí? ¡Ea, á sus casas! ¡á sus casas! » Pero aún cuando hubiesen querido obedecer los que oían las palabras del Capitan, no hubieran pedido hacerlo, porque ellos mismos estaban estrechados y empujados por los que venian detras, como sucede con las olas, hasta la extremidad de la bulla que por momentos se iba aumen-



Llega en este intermedio el Capitan de Justicia.

tando. Como al mismo Capitan ya le empezaba á faltar la respiracion, decia á los alabarderos: — « Por Dios, alejad á esa gente para que pueda respirar; pero á ninguno le hagáis daño: veamos cómo meternos en la casa: que se retiren algun poco. » — « Atras, atras, » gritaban los alabarderos echándose sobre los más inmediatos y empujándolos con las astas de las alabardas.

Chillaban estos reculando lo mejor que podian, y dando con las espaldas en los pechos, los codos en los vientres y los talones en las puntas de los piés á los que estaban detras, de donde resultaba tal desórden y apretura, que los que se hallaban en

el medio se arrepentian de haberse metido en semejante confusion. Habiéndose con esto despejado algun tanto la inmediacion de la puerta, llamó el Capitan con grandes porrazos para que le abriesen.

Asomáronse á una ventana los de dentro, bajaron apresuradamente y abrieron. Entró el Capitan y tras de él los alabarderos uno á uno, conteniendo los últimos á la gente con las alabardas. Así que todos se hallaron dentro, corrieron aprisa el cerrojo, subió el Capitan, se asomó á una ventana, y quedó atónito al ver aquella inmensa muchedumbre.

— Hijos, — empezó á gritar, — hijos, á vuestras casas; perdon general á los que se retiren al instante.

— Queremos pan, ábranse las puertas, — eran las únicas palabras que en contestacion podian distinguirse en aquella desentonada gritería.

— ¡Hijos, moderacion! mirad lo que hacéis: aún estáis á tiempo; vaya, retiraos á vuestras casas. Se os dará pan; pero este no es el modo de pedirle. Pero ¿qué es lo que veo allí? ¿qué es eso? ¡Fuera esas herramientas! ¿qué se diría de los milaneses, que en todo el mundo tienen fama de buenos? Escuchad, escuchad, buenos milaneses... ¡Ah canalla!

Causó esta rápida mudanza de estilo una peladilla de arroyo, que, salida de las manos de uno de aquellos buenos milaneses, fué á parar á la cabeza del Capitan.

— ¡Canalla! ¡canalla! — continuó gritando.

Pero se metió adentro, cerrando más que de prisa la ventana; y aunque habia voceado á gañote tendido, se habia llevado el viento sus palabras buenas ó malas: lo que dijo que veía era el empeño de la gente por forzar las puertas y arrancar las rejas del piso bajo con piedras y herramientas de que se proveyó en el camino.

Muy adelantada estaba la obra, cuando los amos y los mozos del horno, asomados á las ventanas altas con gran municion de guijarros de que se surtieron desempedrando el patio, gritaban á los agresores que desistiesen, enseñándoles al mismo

tiempo las piedras. Viendo que nada conseguian, empezaron á lanzarlas con tan irresistible acierto, que ninguna se perdía, pues estaba la gente de tal manera apiñada que no se hubiera desperdiciado un grano de alpiste.

— ¡Ah infames ladrones! — exclamaban los de abajo; — ¿es este el pan que dais á los pobres?

— ¡Ay, ay! ¡qué iniquidad! — decian unos.

— ¡Dios me valga! — gritaban otros.

— ¡Ah, Dios, que me han muerto!

Estas voces y otras semejantes se oían entre las demas de imprecacion y de ira. En efecto, muchos fueron muy maltratados, y dos muchachos quedaron muertos. Pero con esto el furor aumentó las fuerzas de la muchedumbre, las puertas saltaron en pedazos, se arrancaron las rejas, y los amotinados inundaron á manera de torrente toda la casa. Viendo los de dentro la cosa mal parada, se acogieron á los desvanes: el Capitan de justicia, sus alabarderos y algunos de la familia quedaron cobijados debajo de las tejas, y otros saliendo por las buhardas, corrian como los gatos por los tejados.

Olvidando los vencedores con la vista del botin todo deseo de venganza, se arrojaban á los cajones, y el pan y la harina llevaban igual camino.

Otros, ménos hambrientos y más codiciosos, corren al mostrador, descerrajan los cajones, y despues de haber llenado los bolsillos á dos manos, salen cargados de dinero, con ánimo de volver por pan en el caso de que todavía quedase alguno. La turba se esparce por los almacenes, y se declara la guerra á los sacos. Unos los abren y arrojan parte de la harina para poder llevarlos: otros gritan: « aguarda, aguarda, » y acuden con paños y hasta con sus vestidos para recoger las sobras. Quién carga con la masa que por todas partes se les escapa, quién se lleva los mismos utensilios; quién sale, quién entra, quién va, quién viene; hombres, mujeres, niños, se encuentran, tropiezan, se empujan, y gritan, al paso que por todas partes se levanta una espesa nube de polvo blanco, que todo lo cubre y los envuelve á todos.

No es ménos el bullicio por la parte de afuera ; dos filas opuestas se cruzan y obstruyen la entrada, formada la una por los que salen cargados de botin, y la otra por los que se apresuran para entrar á cogerle.

Miéntas saqueaban tan bárbaramente esta inmensa panadería, iguales escenas pasaban en las demas del pueblo ; pero en ninguna se aglomeró tanta gente que pudiese hacer con impunidad lo que queria. En unas los amos habian reunido varios amigos y parientes, y estaban á la defensa, y en otras, siendo ménos numerosos ó más tímidos los dueños, entraban en convenio, distribuyendo pan á los que se reunian, con la condicion de que se marchasen, y estos lo verificaban, no porque estuviesen contentos con lo que les daban, sino porque no osando los esbirros ni alabarderos acercarse al horno grande, se presentaban en otras partes con fuerza suficiente para contener aquellos pocos amotinados. Con esto el desórden y el alboroto se iban aumentando cada vez más en esta desgraciada panadería, porque todos aquellos á quienes punzaba la codicia ó el ansia de cometer alguna fechoría de provecho, acudian allí donde, siendo mayor el número de sus amigos, era más segura la impunidad.

Este era el estado de las cosas, cuando Lorenzo, como dijimos, acabando de comer su pedazo de pan, iba andando por el barrio de la Puerta Oriental, dirigiéndose sin saberlo al centro del mismo tumulto. Caminaba unas veces impelido, otras embarazado por la turba, y en el camino atisbaba y aplicaba el oído con el fin de ver si entre el discordo rumor del concurso llegaba á enterarse de lo que estaba pasando ; y estas poco más ó ménos fueron las razones que pudo comprender.

— Ya está conocida — decia uno — la impostura de esos bribones que sostenian que no habia ni pan, ni harina, ni trigo. Ya lo hemos visto, y á buen seguro que no nos engañan en adelante. ¡ Viva la abundancia !

— Con esto nada adelantamos, — decia otro ; — es hacer un hoyo en el agua ; y quizá será peor si no se hace un buen

escarmiento. No hay duda de que abaratarán el pan ; pero echarán en él veneno para que los pobres muramos como moscas : ya dicen que hay mucha gente de más : lo han dicho en la misma Junta, y yo lo sé, á no dudar, porque se lo he oído á mi comadre, que es amiga de un pariente de un mozo de cocina de los señores de la Junta.

Echando espuma por la boca, decia cosas horrendas otro que venía sujetando con la mano á la cabeza un pingajo de pañuelo entre el cual se descubrian mechones de pelo descompuesto y ensangrentado : y las expresiones con que algunos le consolaban eran tan comedidas y decentes como las suyas.

— Á un lado, señores : dejen pasar á un pobre padre de familia que lleva de comer á cinco hijos : — así decia uno que iba dando traspiés con un pesado saco de harina encima, y todos se apartaban para franquearle el paso.

— Yo me escurro, — decia otro á média voz á su compañero : — conozco el mundo y sé cómo van estas cosas. ¿ Ves la bulla que meten ahora esos badulaques ? pues mañana ó al otro dia los verás todos metidos en sus casas, llenos de miedo. Ya he visto yo ciertos pajarracos atisbando y haciendo la ronda : estos todo lo notan, ven quién está y quién no está, y cuando cesa el alboroto se ajustan las cuentas, y el que paga paga.

Quien protege á los panaderos, — grita uno con voz tan retumbante que llamó la atencion de Lorenzo, — es el Director de las provisiones.

— Todos son unos pícaros, — decia otro.

— Sí ; pero él es el jefe, — replicaba el primero.

— Pícaros, sí, pícaros ; — exclama otro : — ¿ puede llegar á más la iniquidad ? han tenido hasta la avilantez de decir que el gran Canciller es un viejo chocho, para desacreditarle y mandar ellos solos.

— ¿ Pan ? ¿ eh ? — decia uno que iba muy de prisa : — no era mal pan por cierto ; guijarros como puños ; piedras de á libra que caian como granizo, ¡ Qué de cabezas, qué de costillas rotas !... En mi casa quiero yo verme.

Entre semejantes discursos que aturdieron más que infor-

maron á Lorenzo, llegó este por fin delante del horno. Como la gente iba á ménos, pudo contemplar á su gusto aquel destroz de paredes, ventanas y puertas.

— Á la verdad, — dijo para sí, — que esto no es muy bueno. Si desbaratan de esta manera los hornos, ¿ en dónde querran cocer el pan ? ¿ En los pozos ?

De cuando en cuando salian de la casa algunos con tablas y sillas rotas, con pedazos de artesones y de bancos y otras cosas semejantes, y gritando, « apartarse, señores, » pasaban entre la gente, dirigiéndose todos á un mismo punto. Deseoso Lorenzo de ver tambien qué historia era aquella, siguió á uno que, despues de haber hecho un grande atado de astillas y tablas rotas, se lo echó al hombro, tomando como los demas la calle que va por el lado septentrional de la iglesia mayor, y se llama de las Gradas, por más que ántes habia y ya no existen.

Por más gana que tuviese el serrano de ver lo que pasaba, no pudo ménos de detenerse un momento mirando con la boca abierta de arriba abajo aquel inmenso edificio ; apresuró luégo el paso para alcanzar al que iba delante, volvió la esquina, dió tambien un vistazo á la fachada de la misma catedral, rústica en aquel tiempo y sin concluir, y porsiguió tras de su conductor, que se dirigia al medio de la plaza. Cuanto más adelantaba, tanto más apiñada estaba la gente ; pero el hombre de la leña se habria paso entre las oleadas del pueblo, y metiéndose Lorenzo por la senda que aquel abria, llegó con él al centro de la muchedumbre. Habia allí un grande espacio despejado, y en el medio, inmenso cúmulo de ascuas, residuo de los muebles de que hemos hecho mencion. Alrededor, todo era palmadas, aplausos, gritos de triunfo y salvas de maldiciones.

El hombre del lio le arrojó al fuego, con una pala medio quemada atizó las ascuas por uno y otro lado hasta que se levantó la llama, aumentándose con ella la gritería, los aplausos y las voces « ¡ viva la abundancia ! ¡ mueran los logreros ! ¡ muera la provision ! ¡ viva el pan ! »

Á la verdad el destruir los hornos y el arruinar á los panaderos no son los medios más propios para que viva el pan ; pero esta es una de aquellas metafísicas que no entran en la cabeza de la multitud. Sin embargo, Lorenzo, sin ser gran metafísico, como no estaba acalorado como los demas, hacía al misma reflexion, sin atreverse á manifestarla, porque las



Se levantó la llama aumentándose.

caras de los circunstantes no indicaban estar de humor de escuchar reflexiones.

Habíase apagado de nuevo la llama, nadie acudia con más combustibles, y la gente comenzaba á fastidiarse, cuando se oyó decir que en el Cordusio estaba puesto el sitio á otro horno. En ciertas circunstancias el anunciar un suceso es causa de que se verifique. Con aquella voz se difundió en la muchedumbre la gana de ir al Cordusio, y ya se oian por todas partes los gritos de « alla voy yo : ¿ quieres venir ? ¡ vamos ! ¡ vamos ! » Con esto se exaltó más la gente, y todos se dirigieron al horno indicado. Lorenzo quedaba atras casi sin moverse sino en cuanto le arrastraba la chusma, recapacitando si saldria de la bulla é iria á buscar al padre Buena-

ventura, ó si seguiria con los demas, por ver en qué paraba aquello : por último venció la curiosidad : sin embargo, determinó no meterse en lo más espeso de la zambra, sino ver los toros desde la barrera, para no salir con los huesos molidos ó algo peor. En este supuesto, hallándose ya un poco distante, sacó el segundo pan, le echó el diente, y fué marchando á la cola del ejército tumultuario. El cual desembocando por el ángulo de la plaza, se habia ya introducido por la corta y angosta calle de la Pesquería vieja, y desde allí por el arco de la plaza de los Mercaderes.

Aquí pocos habia que, al pasar delante del nicho que promedia el balconaje del edificio, que entónces se llamaba *el colegio de los doctores*, no echasen una mirada á la estatua colosal de Felipe II, cuyo ceño adusto, áun de mármol, imponia respeto, pareciendo que con tono severo decia : ¡ Aquí estoy yo, bribones !

El nicho en el dia está vacío por una circunstancia particular. Á los ciento setenta años de haber sucedido lo que estamos refiriendo, un dia ciertas gentes cambiaron la cabeza de la estatua, en vez del cetro le pusieron un puñal en la mano, y al nombre de Felipe sustituyeron el de Marco Bruto. Como cosa de un par de años estuvo la estatua transformada del modo dicho, hasta que una mañana algunos que no eran muy afectos á Marco Bruto, ó, por mejor decir, que le tenían tirria, le echaron una soga al cuello y dieron con ella en el suelo : mutiláronla de mil maneras, y reducida á un trozo desfigurado, la arrastraron por las calles, hasta que hartos y cansados la echaron en no sé qué parte. ¿ Quién se lo diria al famoso Andres Riffi, cuando la estaba escuchiendo ?

Desde la plaza de los Mercaderes se metió la turba alborotada por la callejuela de los Fustaneros, y de allí se extendió por el Cordusio. Al desembocar, todos se dirigian á mirar hácia el horno ; pero en lugar de ver á los amigos que esperaban encontrar, veian sólo á unos cuantos papanátas charlando á mucha distancia del horno, el cual estaba cerrado y las ventanas ocupadas por gente armada en ademan de de-

fenderse si fuese necesario. Varios se paraban entónces para informar á los que llegaban, y preguntar qué partido tomarian, y otros se volvian ó quedaban atras, de donde resultaba un murmullo confuso de preguntas, respuestas, consultas, exclamaciones y pareceres. En esto sale de la turba una maldita voz diciendo : « Cerca está la casa del Director de provisiones ; vamos á ella, vamos á hacer justicia. » Esta voz



En esto sale de la turba una maldita voz.

fatal pareció más bien que una propuesta el recuerdo de un convenio establecido ; tanta fué la unanimidad con que todos á la vez gritaron : « ¡ Á casa del Director ! ¡ á casa del Director ! » Con esto se puso en movimiento la turba furibunda, dirigiéndose en tropel hácia la casa en tan mal punto nombrada.

CAPÍTULO XIII

Estaba en aquel momento el desgraciado Director de provisiones haciendo una digestion laboriosa, despues de haber comido sin apetito un poco de pan duro, y aguardaba con inquietud el resultado de aquella tormenta, pero muy ajeno de temer que hubiese de ir á descargar el pedrisco sobre su cabeza. Alguna buena alma se adelantó á la chusma, y corrió á dar aviso del urgente peligro. Ya los criados, atraidos por el ruido, estaban en la puerta mirando con sobresaltó hácia el lado de donde se acercaba el tumulto. Aún no habian acabado de recibir el aviso, cuando vieron aparecer la vanguardia. Corren inmediatamente á prevenir al amo, y miéntras este delibera cómo y dónde huir, llega otro criado para decirle que ya no habia tiempo. Le tienen los criados apénas para cerrar la puerta; la atrancan lo mejor que pueden, y corren á cerrar balcones y ventanas, como cuando al ver acercarse nubarrones oscuros, se aguardan de un instante á otro el agua y el granizo. Ya suena más de cerca la gritería; retumba el espacioso patio, la casa misma retiembla, y entre el dilatado y confuso estrépito, se oyen menudear fuertes pedradas en la puerta.

— Salga el Director, — gritaban todos: — salga ese tirano, que nos quiere matar de hambre; aquí ha de venir vivo ó muerto.

Corria el pobre de cuarto en cuarto dándose palmadas en la frente, y encomendándose á Dios y á sus criados, pidiéndoles que no le desamparasen, ó le buscasen medio de escapar. Pero ¿dónde y cómo? Subió al desvan, y mirando por la buharda á la calle, la vió llena de un inmenso gentío; oyó con más claridad las voces con que pedian su cabeza, y, más muerto que vivo, bajó á buscar un escondrijó en que ocul-

tarse. Allí encogido escuchaba si por casualidad la furia popular se iba debilitando, si el tumulto cedia algun tanto; pero oyendo por el contráριο que los gritos eran más fuertes, y más frecuentes los golpes en la puerta, acometido de un nuevo terror, se tapaba aprisa los oídos: luégo, como fuera de sí, rechinaba los dientes, fruncia las cejas, y extendiendo los brazos, empujaba con los puños, como si quisiese impedir que se abriese la puerta. Finalmente, como desesperado, se dejaba caer, y como aturdido, aguardaba la muerte.

Hallábase Lorenzo esta vez en lo más apretado de la bulla; no porque le hubiese llevado allí el ímpetu de la muchedumbre, sino porque él mismo se habia metido expresamente en ella. Á la primera propuesta de sangre, se le heló de horror la suya; pero en cuanto al saqueo, no se determinaba á resolver si en aquel caso sería bien ó mal hecho: de todos modos le horrorizó desde luégo la idea de un asesinato; y aunque, por aquella funesta docilidad con que los ánimos exaltados suelen creer lo que otros exaltados aseguran, estaba Lorenzo persuadido de que el Director de las provisiones era un malvado, como si estuviese impuesto á fondo de lo que aquel infeliz habia hecho, omitido y pensado; sin embargo, acudió de los primeros con la firme intencion de salvarle.

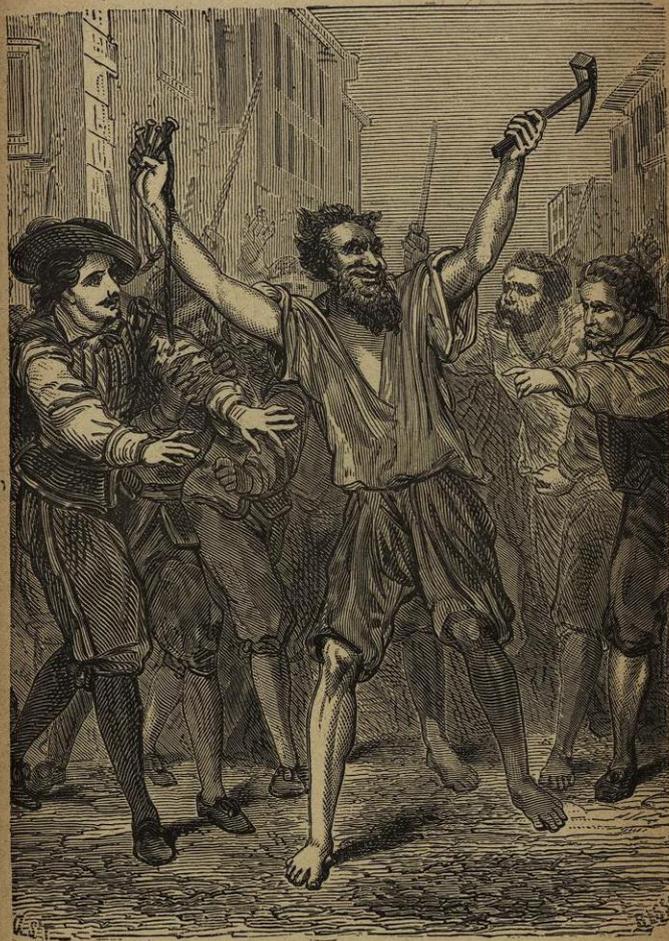
Con este objeto estaba ya cerca de la puerta que de mil maneras se trataba de hacer trizas. Unos con piedras machacaban los clavos de la cerradura; procuraban otros trabajar más en regla con formones, martillos y palancas, y otros con piedras puntiagudas, cuchillos despuntados, clavos, y hasta con las uñas, se esforzaban por romper la pared y abrir una brecha. Los que no podian obrar con las manos, animaban á los demas con los gritos; pero al mismo tiempo impedian con la apretura el trabajo, que entorpecía por otra parte el desordenado conató de los mismos trabajadores: así, por un beneficio de la Providencia, sucede á veces en el mal, que sus más activos fautores son un impedimento para su ejecucion.

Al primer aviso que tuvieron del alboroto los magistrados, enviaron á pedir auxilio de tropas al castillo, que entónces se llamaba de puerta Giovia, y su Gobernador despachó inmediatamente un piquete; pero por el tiempo que se empleó en enviar el aviso, en expedir la órden, en reunir la gente, en ponerse en camino y en la marcha, llegó la tropa cuando ya la casa estaba para ser invadida, é hizo alto á cierta distancia. El oficial que la mandaba no sabía qué partido tomar. La mayor parte de los alborotadores se reducía á vagabundos y gentuza desarmada de ambos sexos y de todas edades. Á las intimaciones que se les hacian de separarse, sólo contestaban con un confuso murmullo sin moverse. El hacer fuego contra aquella chusma le parecia al oficial cosa, no sólo cruel, sino muy aventurada, que ofendiendo á los ménos obstinados hubiera irritado á los más atrevidos; además de que tampoco tenía instrucciones para ello. Abrirse paso, y arrollar por todo á derecha é izquierda, y marchar adelante hubiera sido lo más acertado; pero la dificultad consistía en conseguirlo. ¿Quién sabe si los soldados hubieran podido marchar unidos? y en el caso de separarse entre la turba, cada uno de ellos se hubiera hallado solo á merced de los amotinados enfurecidos. Atribuyendo estos á miedo, con razon ó sin ella, la irresolucion del oficial y la inmovilidad de los soldados, los que estaban más cerca los miraban como burlándose de ellos, los que se hallaban algo más léjos los insultaban con denuetos y visajes, y los más distantes ó no sabian, ó les importaba poco que allí estuviesen: entre tanto, los trabajadores proseguian en su empeño, sin otro pensamiento más que el de concluir pronto la empresa, que no cesaban de animar con voces los espectadores.

Entre estos se distinguia y llamaba la atencion un viejo de mala traza, el cual abriendo cuanto podia sus hundidos ojos, echando fuego, y contrayendo las arrugas del rostro con una sonrisa de diabólica complacencia, enseñaba con las manos levantadas por encima de sus infames canas un martillo, una cuerda y cuatro clavos, jactándose de que con ellos habia de

clavar al Director en la puerta de su misma casa despues de muerto.

Horrorizado Lorenzo al oir aquellas expresiones, que al-



Enseñaba un martillo, una cuerda.

gunos celebraron, pero animado al mismo tiempo con ver que otros, aunque callados, manifestaban en su rostro el mismo horror, se le escapó decir: — « ¡ Qué vergüenza!

¿ Hemos de usurpar nosotros el oficio al verdugo ? ¡ Asesinar á un cristiano ! ¿ Cómo queremos que Dios nos dé pan, si cometemos semejantes iniquidades ? Rayos serán lo que nos envíe, y no pan. »

— ¡ Tú que tal dijiste ! — « ¡ Ah, perro, traidor ! — gritó volviéndose á Lorenzo con una cara endemoniada, uno de los que en aquella confusion alcanzó á oír sus amonestaciones. — ¡ Aguarda, aguarda ! Hé aquí un criado del director, disfra-



Algunos traian una escalera larguísima.

zado de serrano : es un espía, ¡ á él, á él ! » Mil voces suenan alrededor : « ¿ Quién ? ¿ dónde está ? ¡ un criado del Director ! ¡ un espía ! Es el Director disfrazado que trata de fugarse ; ¿ dónde está ? ¡ Á él ! »

Enmudece Lorenzo, se encoge, y quisiera escurrirse. Algunos le ayudan á ocultarse, y procuran confundir aquellas fatales palabras con otras voces y gritos ; pero lo que le valió más que todo fué la expresion de « paso, paso, señores, » que se oyó allí cerca con un « vamos, ¿ quién echa aquí una mano, compañeros ? »

Provenia esto de que algunos traian una escalera larguí-

sima, para apoyarla á la casa y entrar por una ventana. Pero por fortuna el mismo medio que habia de facilitar la empresa era difícil de ejecutar, por el embarazo que encontraban los que traian la escalera para haber de pasarla entre tanta gente sin causar daño á nadie. Los tropezones, los encuentros, los empujones, los golpes, fueron un excelente medio para separar y disipar á los enemigos de Lorenzo, el cual se aprovechó de la confusion, y poco á poco al principio, y meneando despues los codos á toda prisa, se alejó de aquel paraje con ánimo de salir del tumulto lo más pronto que pudiese, é ir sin más demora á buscar al padre Buenaventura.

En esto, un movimiento, que de improvizo empezó en una extremidad del concurso, se propaga por toda la muchedumbre. Se difunde la voz de que viene el gran Canciller. El efecto que produjo este nombre donde quiera que llegó á oirse, fué excitar en unos sorpresa, placer en otros, y en otros cólera y despecho. Quién lo celebra, quién lo reprueba, quién quiere desmentir su llegada, quién la confirma, quién lo bendice, y quién lo detesta.

— Viene el gran Canciller, — dicen unos.

— No es cierto, — dicen otros.

— Sí, sí ; ¡ viva el Sr. Ferrer, el que abarata el pan !

— No, no.

— Sí, viene en coche.

— ¿ Eso qué importa ?

— ¿ Qué tiene que hacer aquí ?

— Á nadie queremos.

— ¡ El Sr. Ferrer ! ¡ viva el Sr. Ferrer, el amigo de los pobres ! Viene á llevarse preso al Director.

— No, no ; queremos tomarnos la justicia por nuestra mano : atras, atras.

— Sí, sí, venga el gran Canciller, y vaya preso el Director de provisiones.

Y poniéndose todos de puntillas, se volvieron á mirar hácia la parte en donde se anunciaba la llegada del Canciller. Levantándose todos, veian lo mismo que si no se hubiesen

levantado; pero esto no impidió que cada cual se empinase cuanto podía.

Con efecto, en la extremidad opuesta á aquella en que se hallaban los soldados, llegaba en coche D. Antonio Ferrer, el gran Canciller, el cual, arguyéndole quizá la conciencia de haber, con sus disparates y su terquedad, dado margen á aquel tumulto, iba á ver si podía aquietarle, ó por lo ménos estorbar uno de sus más funestos efectos, empleando una popularidad mal adquirida.

En los alborotos populares hay siempre cierto número de hombres que por acaloramiento, por fanatismo, por perversos designios ó por una maldita inclinacion al trastorno, hacen todo lo posible para llevar las cosas á los mayores extremos: proponen y promueven las medidas más desatinadas, y soplan el fuego, cuando le ven cerca de apagarse: para ellos nada es demasiado, y quisieran que el alboroto nunca tuviese término ni medida; pero en compensacion hay otro número de hombres que quizás con igual empeño y no ménos tison, trabajan en sentido opuesto, algunos movidos por amistad ó por parcialidad en favor de las personas amenazadas, y otros sin más impulso que una natural aversion á la sangre y á las atrocidades (Dios los bendiga). En cada uno de estos partidos opuestos, aún cuando no haya convenio anterior, la uniformidad de voluntad y de deseos crea un concierto instantáneo en las operaciones. Lo que luégo compone la masa y casi el material del tumulto, es una reunion mixta de hombres que más ó ménos, por gradaciones indefinidas, propenden á uno y otro extremo, unos un poco acalorados, ó bribones, otros un poco inclinados á cierta justicia, segun ellos la entienden, otros anhelando por ver alguna atrocidad memorable, dispuestos á la ferocidad ó á la misericordia, al respeto ó á la exageracion, segun se presenta coyuntura de manifestar á las claras el uno ó el otro sentimiento, desean siempre saber ó crear algun gran suceso, y se hallan con necesidad de vituperar, aplaudir ó de gritar por alguno.

« Viva, ó muera » son sus palabras favoritas, y el que llega á persuadirles que una persona no merece ser ahorcada, ya no necesita gastar más palabras para convencerlos de que es digna de que se la lleve en triunfo. Son actores, espectadores, instrumentos ú obstáculos, segun el viento, y aún dispuestos á callar cuando nadie les sugiere las palabras, á desistir cuando faltan los instigadores, á desbandarse cuando algunas voces sin contradiccion dicen: « vámonos, » y á volverse á sus casas preguntándose unos á otros: ¿Qué ha sido? Pero como esta masa tiene en semejantes casos la mayor fuerza, ó por mejor decir, es la fuerza misma, cada una de las dos partes emplea todos los medios posibles para apoderarse de ella; por manera que se puede decir que es un alma que pugna por meterse en aquel gran cuerpo y darle movimiento. Trabajan á quien más puede en divulgar las voces más á propósito para excitar las pasiones y dirigir los movimientos en favor del uno y del otro intento, en buscar mejor las noticias que muevan á indignacion ó la templen, que infundan esperanza ó temor, y en hallar los gritos que, repetidos por la mayor parte, y con más fuerza, expresen, confirmen y formen en un punto el voto de la popularidad por una ó por otra parte.

Hemos hecho todo este fastidioso razonamiento para venir á parar en que, en la lucha de los partidos que se disputaban el voto de la gente reunida delante de la casa del Director de provisiones, la presencia de D. Antonio Ferrer dió en un momento una ventaja inmensa al partido de los humanos, que era evidentemente inferior, y que, á haber tardado un poco aquel socorro, no hubiera tenido ya ni fuerza, ni objeto por qué luchar. El hombre tenía gran partido entre la muchedumbre por su disparatada tasa del pan, y su heroica firmeza en no ceder á cuantos argumentos se le hicieron en contra. Se aumentó la buena inclinacion de los amigos ya prevenidos en su favor, al ver la confianza con que se presentaba sin guardias ni aparato á arrostrar una muchedumbre enfurecida, y daba mayor peso á todo la voz de que iba á prender

por sí mismo al Director : de esta manera la ira, que hubiera tomado mayor incremento si se le hubiese resistido sin querer ceder en nada, entónces con aquel ofrecimiento de satisfaccion, con echarle, como dicen los milaneses, aquel hueso, se aquietó un poco, cediendo su lugar á los sentimientos opuestos que se declaraban en la mayor parte de los ánimos.

Habiendo cobrado aliento los partidarios de la humanidad, ayudaban de mil maneras al gran Canciller. Los que se hallaban cerca excitaban con sus repetidos aplausos el aplauso de los demas, y procuraban apartar la gente para abrir paso al coche : los otros repitiendo los vivas, transmitian las palabras del Canciller, ó las que suponian que pudiera decir, y rebatiendo á los furiosos y obstinados, empleaban contra ellos los nuevos sentimientos de la inconstante muchedumbre.

— ¿Quién se opone — decian — á qué gritemos? ¡ Viva el Sr. Ferrer ! ¿ Que no quieren que se abarate el pan? Son pícaros que no quisieran que se hiciese justicia, como Dios manda.

Hay algunos que gritan más alto que los demas para hacer que el Director se escape :

— Á la cárcel el Director. ¡ Viva el Sr. Ferrer ! Paso al señor Ferrer.

Con esto se apoderaron de la puerta, tanto para impedir la entrada á los frenéticos, como para facilitársela al Canciller, y alguno por las rendijas, que no faltaban, avisó dentro, diciendo :

— Ya llega socorro, viene el Sr. Ferrer, que el Director esté pronto para ir á la cárcel... Ya ustedes me entienden...

Acordándose Lorenzo del *vidit Ferrer* que le enseñó al pié del edicto el abogado Tramoya, preguntó á uno que estaba á su lado :

— ¿Es el mismo Ferrer que ayuda á componer los bandos?

— Cierto, — le contestó el vecino; — como que es el gran Canciller.

— Debe ser muy hombre de bien, — replicó Lorenzo.

— ¿Si es hombre de bien? — respondió el otro : — como que es el que puso el pan barato y no quisieron los otros, y ahora viene á prender al Director de las provisiones por no haber hecho las cosas como debia.

Es excusado decir que Lorenzo se declaró al instante por D. Antonio Ferrer, y resolvió acercarse. La cosa no era fácil; pero á fuerza de empellones y codazos, consiguió abrirse paso y ponerse en primera fila, justamente al lado del coche.

El cual ya se habia adelantado entre la muchedumbre, y en aquel momento estaba parado por uno de aquellos entorpecimientos inevitables cuando hay que pasar entre tanta gente. Asomaba la cabeza el anciano Ferrer, ya por una portezuela, ya por otra, con una cara de pascuas que daba gozo el verla, como que era la misma que habria puesto en presencia de Felipe IV. Hablaba tambien; pero el murmullo de tantas personas, y los mismos vivas impedian que se oyese lo que decia : por esta razon, ayudándose con los gestos para expresarse, bajaba la cabeza, hacia besamanos, y cuando un rato de silencio lo permitia, le oian decir : « Pan habrá, pan en abundancia; vengo á hacer justicia : abrir paso, señores. » Aturdido despues por tantas voces, y al ver tantas caras y tantos ojos clavados en él, se retiraba á la testera del coche, y dando un gran resoplido exclamaba : « ¡ Jesus ! ¡ qué de gente ! » Se acercaba luégo al vidrio, é inclinándose hácia el cochero, decia : « Adelante, Pedro, si puedes. »

Pedro tambien tenia la cara risueña, y con ademán afectuoso, como si fuera un gran personaje, agitaba poco á poco y con gran majestad el látigo, y luégo decia : « Señores, suplico á ustedes; apártense un poquito. »

De esta manera, ya parándose, ya marchando entre la gritería y los aplausos, y con el auxilio de los bien intencionados, entre los cuales se distinguia el buen Lorenzo, llegó el coche del gran Canciller á la puerta del Director de provisiones.

Los que, como hemos dicho, se hallaban allí con las mis-

mas buenas intenciones, habian conseguido, aunque con trabajo, que aquel punto quedase algun tanto despejado. Respiró el gran Canciller, viendo que la puerta estaba todavía cerrada, esto es, no enteramente abierta, porque ya habian arrancado casi todos los goznes, y sacado no pocas astillas; de manera que en el medio quedaba una abertura de más de seis dedos, desde donde se veía el cerrojo torcido y casi arrancado. Un hombre de bien se asomó á aquella abertura, gritando que abriesen sin temor, y otro acudió á abrir la portezuela del coche. Sacó la cabeza el anciano, y apoyándose en el brazo de aquel hombre honrado, salió del coche parándose en el estribo.

Por una y otra parte estaba la multitud con la cabeza levantada para ver mejor, y la curiosidad y la atencion produjeron un instante de silencio. Volvió el gran Canciller la vista por todas partes, saludó á la gente bajando la cabeza, y puesta la mano al pecho, dijo: « Pan y justicia, » y bajó entre un millon de aclamaciones.

Entre tanto los de adentro abrieron, ó, por mejor decir, acabaron de arrancar el cerrojo, cuidando de no permitir sino el hueco suficiente para que entrase el gran Canciller.

— Aprisa, aprisa, — decia este; abrid lo suficiente para que entre yo, y vosotros, amigos, procurad detener la gente á fin de que no se me eche encima.

Así que entró D. Antonio, volvieron á atrancar la puerta los de adentro, y los de afuera trabajaban con los hombros, los brazos y las voces, para mantener despejada la inmediacion de la entrada, pidiendo á Dios que se evacuase presto la diligencia.

— Presto, presto, — decia tambien el gran Canciller por la parte de adentro á los criados, que jadeando y cubiertos de sudor, le rodeaban, bendiciéndole cada uno á su manera.

— Presto, presto, — repetia D. Antonio, — ¿ en dónde está este buen hombre?

Bajaba el Director de provisiones la escalera, conducido y casi arrastrado por otros criados, y más blanco que un

papel. Al ver aquel auxilio, dió un gran suspiro, se le volvió el alma al cuerpo, y cobrando alguna fuerza en las piernas, se dirigió al gran Canciller diciendo:

— Me pongo en las manos de Dios y en las de vuecelencia; pero ¿ cómo saldremos de aquí, si todo está lleno de gente que pide mi cabeza?

— Venga usted conmigo, — contestó el gran Canciller, — y tenga ánimo: aquí fuera está mi coche; presto, presto.

Diciendo esto, le tomó de la mano, y animándole le condujo hasta la puerta; sin embargo, decia para sí: « Aquí está el busilis: ¡ Dios me la depare buena! »

Se abre la puerta: el gran Canciller sale el primero, siguiéndole el otro muy encogido, y casi cosido á la toga protectora, lo mismo que un niño á las faldas de su madre. Los que habian mantenido despejado aquel sitio, levantan las manos y los sombreros, ocultando de este modo á la vista del pueblo al Director, el cual entra el primero en el coche, y se acurruca en un rincon. Sube despues el gran Canciller, cierran la portezuela, la muchedumbre entrevió, supo, adivinó lo que habia sucedido, desatándose en un torrente de imprecaciones contra el uno, y de aplausos en favor del otro.

La parte del camino que quedaba parecia la más difícil y peligrosa; pero la opinion pública se habia declarado bastante en orden á permitir que el Director fuese conducido á la cárcel. Ademas los que habian facilitado la llegada del gran Canciller se dieron maña durante su detencion para mantener abierta una senda; por manera que esta vez el coche pudo pasar más libremente y sin paradas.

Á medida que iba adelante, las dos alas que formaba la muchedumbre se reunian y seguian tras él.

Apénas sentado D. Antonio, encargó al Director que se encogiese todo lo que pudiera para que no le viese el pueblo; pero era excusada semejante advertencia. Él, al contrario, se presentaba á las portezuelas para llamar sobre sí la atencion general, y en todo el camino fué arengando como la primera vez al inconstante gentío, interrumpiendo de

cuando en cuando su arenga con palabras en castellano que dirigia al oído de su atemorizado compañero.

— Sí, señores, — decia, — pan y justicia; á la ciudadela en un calabozo; no, no se escapará (para sosegarlos). Es muy justo: se le formará causa, se le castigará con todo el rigor de las leyes. (Esto es para bien de usted.) Se pondrá una tasa equitativa, y se castigará á los que querian matar al pueblo de hambre. El Director será castigado como merece (si es culpado). Sí, sí á esos panaderos se les pondrán las peras á cuarto. ¡ Viva el Rey! ¡ Vivan los buenos milaneses! (Ánimo, ya estamos fuera de riesgo).

En efecto, ya habian salido casi del mayor apuro, y cuando el gran Canciller empezaba á dar algun descanso á sus pulmones, vió venir un piquete de soldados españoles, que á pesar de poderse considerar ya como lo que vulgarmente se llama el socorro de España, y en lombardo el socorro de Pisa, no dejaron de ser de alguna utilidad á lo último, pues auxiliados por varios paisanos, cooperaron á disminuir el gentío. Al emparejar con el coche se formaron presentando las armas al gran Canciller, que saludó á derecha é izquierda, diciendo al Oficial con tono irónico: « Beso á usted las manos, » como si dijese: ¡ Valiente socorro me habéis prestado! Contestó el Oficial al saludo, y se encogió de hombros, por manera que aquí hubiera venido bien aquello de *cedant arma togæ*; pero D. Antonio Ferrer no estaba para citas, además de que hubieran sido palabras echadas al viento, pues el Oficial no entendía el latin.

Con pasar Pedro por aquellas dos filas de migueletes, recobró su antiguo brío, se acordó de quién era y á quién servía, y dando gritos á lo cochero, sin otras ceremonias, por ser ya poca la concurrencia, sacudió á los caballos y los hizo tomar el trote hácia la ciudadela.

— Respire usted, ya estamos fuera, — dijo D. Antonio al Director; quien animado con no oír la gritería del pueblo, con el correr del coche, y con estas palabras, se incorporó dando mil y mil gracias á su libertador; el cual, despues de

haberse condolido con él por el pasado peligro, y haberse congratulado por su libertad: — ¡ Ah! — exclamó pasándose lamano por la calva. — ¿Qué dirá S. E., que desde luégo está dado á los diablos, con ese maldito Casal, que no quiere rendirse? ¿Qué dirá el Conde-duque, que se asusta con que una hoja de un árbol meta más ruido que la otra? ¿Y qué dirá el Rey nuestro señor, pues al cabo no le han de poder ocultar lo que ha pasado? ¡ Sabe Dios el rumbo que tomará este negocio!

— Yo por mí — dijo el Director — no quiero más cargos de esta clase: me lavo las manos: hago dimision de mi destino en manos de V. E., y me voy á una choza de la sierra. Me voy á meter ermitaño. Ya nada quiero con esos bárbaros.



Me voy á una choza de la sierra.

— Usted — respondió con gravedad el gran Canciller — hará lo que más convenga al servicio de S. M.

— S. M. no querrá mi muerte, — replicó el Director. — En una choza léjos de semejante canalla...

Lo que sucedió luégo respecto de este propósito no lo dice nuestro autor, el cual, despues de haber acompañado al infeliz á la ciudadela, no vuelve á hacer mencion de su persona.

UNIVERSIDAD DE BAHIA NOROCCIDENTAL
BIBLIOTECA DE HISTORIA Y GEOGRAFIA
ALFONSO...
1925